

# UN OLVIDADO BOTANICO DEL SIGLO XIX: JUAN MARIA CESPEDES

Por GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA \*

Señor Presidente

Señores académicos:

Mi primera palabra en este recinto consagrador es de acción de gracias por el alto honor recibido, que en adelante me permite alternar con tan selecto grupo de hombres de ciencia, mantenedores del prestigio nacional en tantas ramas del saber como cabe en una Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales la que ahora me convoca a su seno. Larga andadura traigo por los caminos de la historia, que me ha permitido consagrar buena parte de mi tarea al estudio de la cultura nacional y por consiguiente a la apreciación de las variadas provincias del saber que constituyen el instituto académico.

A la par con la sabiduría corren la bondad, la generosidad y la modestia, claras virtudes que distinguen a cuantos, damas y caballeros, integran la Corporación. Pertenecer a ella dignifica en alto grado e invita a los neófitos a continuar acendrando el culto por la sabiduría hasta emparejar, si les fuere posible, con los maestros que constituyen el cuerpo deliberante de la Academia. Reciban todos las expresiones de mi infinita gratitud.

\* \* \*

Quiero invitarles a recordar conmigo la vida ejemplar de un hombre sabio, que como don José Celestino Mutis, Eloy Valenzuela, Enrique Pérez Arbeláez y Lorenzo Uribe entre los ya fallecidos, viste el traje talar de los sacerdotes de Cristo.

Un retrato caricatura, fruto del buen humor de don José Manuel Groot, recuerda al botánico abrigado por pesado manteo, cubierto con monumental sombrero de teja, atiborrados los bolsi-

llos de flores y hierbas, a la manera del patriarca supérstite de la Expedición Botánica que lo acompaña en la aguada, el ya caduco Francisco Javier Matís. Al fondo discípulos de uno y otro, ven volar el sombrero de copa habilitado como recipiente de tesoros naturales, mientras otro se precipita de la agresta montaña teatro de sus aventuras y descubrimientos. Bajo de cuerpo, "chaparrito" como dicen los mejicanos, simula un canto rodado de basalto a la manera de ciertas estatuas agustianas estudiadas por él con el amable compañero del retrato. Bronco el semblante, ruda la estampa, hecha para las intemperies, las hambrunas y las aventuras del herbolario; cabe en él tanta bondad, tanta consagración al estudio de la naturaleza, que lo convertiría en profesor eminente, en colaborador de institutos extranjeros de alta alcurnia científica, hasta hacer heredero de sus obras siempre inéditas a un apasionado de la ciencia, peregrino y preclaro personaje de la historia nacional, el Gran General Tomás Cipriano de Mosquera. De tal manera el talante de Juan María Luis Ceferino Céspedes Vivas, que viene al mundo en la Villa de Tuluá el 25 de agosto de 1776. El patrimonio de don Carlos y de doña Josefa Vivas no es en manera alguna privilegiado, ni menos propicio el ambiente cultural de una modesta villa caucana, que al menos numera un maestro para aprender a leer, escribir y contar: todo lo demás consiste en las lecciones apasionadas del *Espectáculo de la Naturaleza*, que señala tantos caminos a la juventud criolla nacida en los años cruciales del siglo XVIII de la ilustración, que engendra sabios y próceres máximos y mínimos que inscriben sus nombres en las mejores páginas de la patria naciente. Don José Joaquín Ortiz que conoce y admira al tulueño, lo evoca "vadeando arroyos estrepitosos, ora subiendo a alturas considerables, corriendo por campos adornados profusamente con los dones del trópico. ¡Quién sabe si a ese género de vida errante y contemplativo de sus primeros años; a esas largas

\* Disertación presentada durante su posesión como Académico correspondiente.

horas silenciosas, pasadas en los bosques, no debió más tarde la decisión constante al estudio de las bellezas de la naturaleza! ¡Tal vez, sentado al borde de un torrente, en la cresta escarpada de un monte, se reveló al joven el sacerdocio de la ciencia que había de obtener casi sin rivales de su patria, sin superiores en el resto de la América meridional!”.

En aquel entonces, cuando el curso de la filosofía se inicia a los diez años y se corona la carrera profesional a los dieciocho, con la maestría o el doctorado consagradores, sorprende encontrarse al finalizar el siglo XVIII con un estudiante tardío que a los 24 de edad cursa como capista en el Colegio Mayor del Rosario las facultades mayores, en las que se gradúa a título casi gratuito por su extremada pobreza, como consta en el libro de Propinas de la Universidad Tomística, caso excepcional que agrega nuevo lauro al consagrado estudiante que todo lo supera. (Libro de Propinas: Bachiller en Derecho Civil en 1803 y doctor en Teología, el 13 de julio de 1806).

Durante estos años académicos, estamos seguros de su encuentro con el sabio Mutis, en los años en que el Maestro promueve la renovación de los estudios médicos en el Claustro secular de Fray Cristóbal de Torres. Allí debe alternar con el padre Miguel de Isla, decano meritísimo, con Jorge Tadeo Lozano, a quien puede escuchar en la cátedra de matemáticas, sentir de cerca en su propia persona la generosidad benefactora de Caycedo y Flórez, la sabiduría jurídica de Camilo Torres y de Ignacio Herrera, el desbordado amor por las ciencias naturales de Joaquín Camacho, José Manuel Restrepo y Frutos Joaquín Gutiérrez de Caviedes; puede haber concurrido a las sesiones memorables de la Tertulia Eutropélica, presidida por el bibliotecario Manuel del Socorro Rodríguez; contemplar maravillado el templo de Flora, erigido por el Maestro de todos y elevarse las torres milagrosas del Observatorio Astronómico construido para el esperado Francisco José de Caldas, viajero de itinerarios increíbles. Son los mismos años del genial viajero universal, Barón de Humboldt, con quien se cruza en su camino pero sin encontrarlo, ni en Santafé ni en Popayán. El momento cultural es verdaderamente estelar. Impresionado con él jamás lo olvidaría y ni ahora por razones de su pobreza familiar, que no de espíritu, tiene que regresar al Sur, a Popayán, donde encuentra otro polo del deslumbramiento, abierto por el sabio José Félix de Restrepo, el Maestro de Torres, de Caldas, de Arboleda y los Arroyo corresponsales apasionados de Caldas y de Pombo.

En 1803 graduado de bachiller en Derecho Civil regresa a Popayán e inscribe Juan María Céspedes su nombre entre los teólogos moralistas del Colegio Seminario de Popayán que indica su decidida vocación por la carrera eclesiástica, que coronará en la edad proveya con la silla capitular de canónigo penitenciario de la Catedral de Bogotá. De nuevo en Santafé de Bogotá recibe el doctorado en Teolo-

gía el 13 de julio de 1806. Larga andadura le espera: velar por sus hermanos Trinidad, Juana y María Francisca, su cuñado Ignacio Fernández y su sobrino Nicolás Céspedes llamado a prolongar el apellido paterno, todos esperan y confían en la generosidad del cura, que entrega su vida a coleccionar almas para Dios, mientras reúne apasionado especies botánicas que considera inéditas.

La hora de la patria le sorprende en el curato de Caloto, que desempeña por catorce años; se decide su vocación de naturalista impulsado por el *Sistema Natural* del patriarca sueco. Intuitivo de la ciencia, su formación humanística le proporciona emotivo solaz intelectual; Horacio y Virgilio conmueven su alma cuando delante de sí se abre el maravilloso panorama del trópico abrumador, expresado en la grandeza telúrica de las enhiestas cordilleras que le atraen de manera irresistible y le invitan a rastrear valles y precipicios en busca de tesoros ignorados, tantos de los cuales serán bendecida panacea para los humanos, como sustento de su vida o como medicina para sus dolencias. Se acendra el médico naturalista y el profesor de agricultura que años más tarde alcanza el estímulo de los sabios y la gratitud nacional.

Dotado de cualidades oratorias poco comunes, será el vocero de la patria naciente. Realiza, por encargo del Gobierno, diversas giras para acordar el nuevo sistema de la libertad. Va a los campos de batalla como capellán de las tropas de Nariño y de José María Cabal, el químico frustrado, y en los hospitales de sangre se supera. Invadido el Cauca grande por las tropas del caudillo español Juan Sámano, emigra al Estado de Antioquia, donde tiene la suerte de encontrarse, al menos fugazmente, con el brigadier de ingenieros, director de la Escuela Militar de Cadetes, Francisco José de Caldas. Otra vez se cruza con la sabiduría para apenas vislumbrarla.

“Todo fue saber Céspedes que Caldas se hallaba en Antioquia y acercársele en momentos, como es de suponerse, de angustia y urgencia, pretendiendo que el sabio le enseñase la vegetación de aquel lugar, recorriéndolo con él. Manifestó Caldas, refiere don José Joaquín Ortiz en su *Noticia Biográfica* publicada en 1848 con ocasión de la muerte del canónigo naturalista, la imposibilidad y la proximidad de su regreso a Bogotá; pero Céspedes salió y a pocas horas trajo al naturalista una colección completa de plantas. En vísperas del viaje, en altas horas de la noche, el Laboissier Granadino pasó revista delante del amante fanático de Flora a la vegetación antioqueña. Al otro día partió y nunca más volvieron a encontrarse aquellos dos hombres sobre el campo de la vida.”

Este es el destino del empecinado recolector de plantas. Hallarse cerca, muy cerca, quienes indirectamente son sus maestros, pero jamás poder alternar con ellos. De aquí su mérito de intuitivo de la ciencia, pero cultor sin fatigas de la naturaleza neogranadina de la que recibe lecciones magníficas, jamás desperdiciadas ni menos despreciadas.

La suerte política de la Nueva Granada en 1816, le obliga a emigrar de su ameno y florido Valle, de su curato de Caloto; atraviesa la cordillera occidental y en la oriental encuentra el refugio que cree inalcanzable para las tropas españolas. Las aguas del río Suaza fecundan el hermoso valle; espeso bosque les ofrece amable abrigo; humilde choza levantada por sus manos es refugio del improvisado anacoreta.

“Algún tiempo hacía que estaba en aquel escondrijo, entretenido en herborizar. Su traje, refiere don José Manuel Groot, era de un rústico, para que, si llegaba a ser visto no hiciesen alto en él. Al disfraz del vestido ayudaba el físico, que era sumamente vulgar. A poca distancia de la habitación del doctor Céspedes fijaron la suya el doctor Isidoro Carrizosa y otros patriotas compañeros suyos que habían ido a refugiarse al monte, guiados por la misma persona que había ocultado al doctor Céspedes. Uno de estos individuos fue atacado de un grave accidente y creyéndolo de riesgo, el hombre que los asistía dijo a Carrizosa que si quería le traería un sacerdote; pero habiéndole dicho que lo trajese, a poco vino el hombre con el doctor Céspedes. Al verlo creyeron que fuera una chanza, porque no era de mejor catadura que el conductor; pero al hablarse conocieron quién era. Instado para que se quedase con ellos, no quiso, porque decía que allí no estaban muy seguros. Sin embargo, venía algunos días a visitarnos y aun se detenía a comer. Allí habían armado un toldo, bajo del cual estaban en uno de estos días comiendo con el doctor Céspedes, cuando de repente oyen ruido de armas y caballos; miran y se encuentran rodeados de soldados. Ya se puede considerar cómo quedarían todos ellos. En el acto la orden fue seguir presos. El doctor Céspedes pidió por favor al oficial que le permitiera ir con un soldado a su rancho a traer su ropa y el breviario. El oficial lo mandó con dos soldados; pero el doctor Céspedes era ya práctico de la montaña y como los soldados no lo eran, no sabían a dónde se dirigía, hasta que llegados al borde de una peña tajada, el doctor Céspedes se descolgó por el precipicio sin que ninguno de los dos se atreviera a seguirlo, contentándose con hacerle dos tiros en balde.

“Cayó el doctor Céspedes sobre la copa de unos árboles, hiriéndose una pierna con un garrancho. Los soldados volvieron a dar parte al oficial de que el hombre se había botado por una peña y que no pudiendo seguirle lo habían matado de un balazo, lo que consternó en extremo a los otros presos.

“Hallóse el doctor Céspedes en lugares desconocidos, donde no había pisado planta humana; los tigres y otros animales temibles eran los habitantes de esos desiertos. El clérigo, por fortuna, era hombre de fuerte constitución, acostumbrado en sus excursiones botánicas a los soles, a los aguaceros y a trepar riscos. Anduvo más de cuatro meses perdido, manteniéndose con frutas silvestres y raíces, valiéndose en esta ocasión mucho los cono-

cimientos botánicos, para saber de cuáles podría alimentarse o no. Varias veces tuvo que pasar la noche sobre los árboles, temiendo a los tigres y para poder dormir sin riesgo de caer, tenía que amarrarse con bejucos. Pero no estaba exento de las avispas, hormigas y otros bichos, ni de que las serpientes le pasaran algunas veces por encima, aunque sin hacerle daño, por estar curado con *guaco*. Así anduvo sufriendo por mucho tiempo y con su pierna herida, hasta que fue a salir a los Llanos de San Juan y de San Martín, por donde anduvo sin darse a conocer, trabajando de jornalero en las estancias, hasta que se publicó el indulto, al cual se acogió.

“Haciéndonos relación de estos trabajos el mismo doctor Céspedes, decía que cuando más en peligro se veía en la soledad de las montañas oyendo bramar los tigres, se consolaba con pensar que había escapado de manos de los soldados de Morillo; que fuera de este riesgo, los demás le parecían nada.”

Al abrigo de su choza de ermitaño, le sorprende el clarín de Boyacá. Doblado en experiencia, en conocimiento acaso rústico de la botánica, reaparece al servicio de su patria, ansioso de comunicar a Colombia las experiencias y descubrimientos alcanzados durante los largos años de su eremítica vida.

Es preciso en la nueva patria retomar el ritmo cultural interrumpido por diez años consagrados a la conquista de la autonomía y de la libertad. Cegadas las principales cabezas de la rebelión, las mismas que recogen tanta ciencia de la cátedra infame de la Expedición Botánica, sobrevive su memoria gloriosa, mientras el Nuevo Reino ha sido privado del fruto material de sus mejores empresas culturales. Se comenzaría de nuevo como si nada hubiera existido; latente permanece la vocación por las ciencias tan notorio en la juventud americana. El Congreso es el primero en recomenzar como si en verdad partiésemos de cero. Así lo establece el artículo de la Ley que dispone el estudio de la naturaleza neogranadina. Al momento de redactarla no hay uno solo de los legisladores, flor y nata de los sobrevivientes de la reconquista, que consagre siquiera una mención a la generación maravillosa fruto del magisterio sin par de José Celestino Mutis. El mundo, cómo es de cierto, comienza siempre con las generaciones nuevas.

Felizmente, como ejemplo y como memoria del pasado, sobreviven Francisco Antonio Zea, en altísima misión diplomática en Europa, y en su humilde casa del barrio de Las Nieves de Bogotá, el más insigne pintor de plantas del mundo, Francisco Javier Matís. A las puertas de Matís toca el botánico novísimo, el clérigo Céspedes, que permanece algo más de una década en la capital, donde está llamado a alternar con los sabios que Zea contrata en París. Organizado el Museo Nacional previsto por el Congreso y fundado por el Vicepresidente Santander, es la sede de una escuela de Minas y Museo de Ciencias Naturales. El elenco de profesores lo constituye el peruano Mariano Ri-

vero, director de la Escuela de Minas; Juan Bautista Boussingault, profesor de Química general y analítica y de Metalurgia; el doctor Roulin, de Matemáticas elementales, de Geometría descriptiva, de Mecánica y Dibujo; y el modesto cura Céspedes como primer catedrático de Botánica y Agricultura. Esta designación consagra su sabiduría; en él descansa el crédito de la inteligencia de los criollos, es el único granadino, entre el selecto grupo de sabios, integrado, además, por Bourdon, colector de objetos de Historia Natural y de Goudet, encargado de la Flora.

Los deberes de Céspedes los puntualiza el Decreto orgánico:

“Artículo 20. El catedrático de Botánica coleccionará al mismo tiempo todas las plantas necesarias y más precisas para formar un rico herbario, hará sus descripciones acompañadas de diseños; saldrá a recorrer los bosques y provincias, siempre que lo disponga el Gobierno por conducto del Secretario del Interior: dará lecciones de Botánica en el período que asigne el reglamento orgánico del Museo y cuidará de la formación y conservación de un Jardín Botánico que ha de establecerse en el tiempo y lugar que designará el Gobierno.” ...

La lección inaugural de Céspedes, cuyo manuscrito original tengo la fortuna de poseer, constituye un excelente testimonio de su metodología, de su conocimiento de los mejores tratadistas de las materias de su especialidad, doblado con las más entusiastas manifestaciones de su amor a la naturaleza americana y particularmente la que mejor conoce, la de su patria sobre cuyo estudio y enseñanza cifraría su mejor éxito como catedrático.

De una decidida vocación por la botánica, muy adecuada a su condición sacerdotal, la propia naturaleza le hace maestro, especialmente en aquellos años de aventura increíble que tiene que sufrir durante la reconquista española.

Le corresponde como profesor renovar entre nosotros el amor por nuestras riquezas naturales infundido por Mutis en cuanto puede llegar su influjo lejano o inmediato. Habrá que comenzar de nuevo con la clasificación de nuestra Flora inagotable y desde luego hacer lo mismo con las demás expresiones de la historia natural. Que puede hacerlo, sabe demostrarlo en largos años del ejercicio docente. No es por fortuna efímero su paso por el Museo de Ciencias Naturales, si bien los resultados no son los que se desean por las vicisitudes políticas del momento. Todavía en 1827 la *Gaceta de Colombia* registra el 25 de noviembre, al hacer la crónica de los resultados de los exámenes escolares y universitarios en el año académico:

“Día 9. Los concursantes de Historia Natural, teniendo a su frente al doctor Juan M. Céspedes, discurren sobre los métodos botánicos, la glosología de algunas plantas, su sinonimia, fructificación y propagación en general y en particular de las que se encuentran en los alrededores de la capi-

tal. Fue consagrado al supremo Gobierno de la nación colombiana y se dedicaron dos nuevas plantas a los señores Presidente y Vicepresidente de la República con los nombres de *Boliviana* y *Santanderia*.”

No he podido saber cuáles géneros botánicos, *Boliviana* y *Santanderia*, son los escogidos para perpetuar en el mundo de la Botánica la gloria y la memoria de los dos grandes de la Patria y de América. Si ellos no figuran en el catálogo universal, invito a los botánicos contemporáneos a enmendar tan notable falta. Nombres tan preclaros bien merecen el rendido homenaje de la ciencia. ¿Cuál la familia de las *Mosqueriaceas*, la de la palma de leche y miel, dedicada al arzobispo Mosquera, de quien fuera secretario?

El 7 de julio de 1829, dos años más tarde, “los cursantes de Agricultura bajo su preceptor, doctor Juan María Céspedes, dedicaron a su excelencia el Libertador-Presidente, Simón Bolívar, y al ilustre General Washington, el acto en que probaron la importancia de la agricultura y la necesidad de conocer y aplicar las reglas de los abonos y engrases para acelerar sus progresos”. Como granja experimental, teatro de las excursiones botánicas, tiene su hacienda El Arrachachal, llamado por el maestro “el Imperio de Flora”. “Allí obsequiaba a los alumnos de su clase con pobre filosófica mesa; pero les descubría todos los tesoros de la naturaleza e iniciándolos en sus recónditos secretos, les daba al mismo tiempo lecciones de inocencia y probidad, con el ejemplo de su conducta irreprochable.”

En 1825 interrumpe el ejercicio académico para cumplir una importante comisión científica que debe desempeñar con el inolvidable Francisco Javier Matís; explorar los monumentos indígenas de San Agustín en las cercanías de Timaná. Por segunda vez los neogranadinos volvemos los ojos asombrados a nuestro valle de los Reyes. Viajeros como Fray Andrés de Santa Gertrudis en el siglo XVIII, han detenido su ruta en aquel maravilloso santuario de la cultura lítica, la más insigne estación arqueológica nacional, pero el resultado de su encuentro permanecería inédito en las páginas memorables de sus “Maravillas de la Naturaleza”; el sabio Caldas acendra en su visita el sentimiento nacional que anima sus empresas. Se trata ahora de hacer un minucioso inventario del tesoro que sería trasuntado en láminas y de un estudio profundo de la naturaleza ambiente, tan propicio a su grandeza. Matís dibujará, medirá y clasificará los monolitos, mientras Céspedes escribe el tratado de la naturaleza agustiniana. De su resultado quedan rastros en papeles burocráticos, pero como ocurre, lo dice quien lo sabía, el literato don José Joaquín Ortiz: “El Gobierno remitió a Francia los dibujos hechos por el señor Matís, sin reservar copias, según entiendo. De ellas he visto una en poder del mismo señor”. Y así como tradicionalmente ha ocurrido con las más importantes misiones científicas del país, la indiferencia, la dispersión y por fin, el olvido.

La residencia de Céspedes en la capital es propicia para que su nombre llegue hasta los cerrados cenáculos europeos y norteamericanos y que éstos le inviten, por propia iniciativa, a formar en las filas de los calificados cultores de la ciencia universal. El 19 de septiembre de 1825 desde Nueva York le escribe, dándole el título de "Trés honoré Confrer" el doctor Pascalis, presidente de la rama norteamericana de la Sociedad Linneana, quien concluye llamándolo a inscribirse como miembro correspondiente de la Sociedad en París y por consiguiente de su filial norteamericana. En carta que le trae el doctor Eduard Wells, le felicita por el éxito de la revolución en su patria "que contribuiría no sólo a la felicidad de nuestro dilatado país, sino porque extenderá los dominios de la ciencia para distribuir al mundo los frutos y productos a todos los amigos de la naturaleza y particularmente de la Botánica". Aceptada su bien recibida candidatura, un año después en carta de 5 de julio de 1826, recibe el honroso diploma que le estimula y alienta. No faltan las cartas que desde Maracaibo le remite el doctor Wales, discípulo de Pascalis e intermediario para el seguro intercambio de muestras y publicaciones. Venciendo los lentos itinerarios del paquete francés por fin llega a París la expresión de gratitud del padre Céspedes, en carta de 3 de diciembre de 1828.

Dos sabios venezolanos, los doctores médicos José Vargas y José Joaquín González, fundadores de la Sociedad Médica de Caracas, se apresuran, apenas constituida la Sociedad, a incorporar entre sus miembros al ya célebre doctor Céspedes, pero lo hacen precedido el nombramiento con hermosa carta consagrada:

"Muy estimado señor nuestro: —le escriben el 26 de marzo de 1827— Aunque no tenemos el honor de conocer a usted personalmente o de trato, sin embargo la opinión bien extensa y merecida que usted goza en el cultivo de algunas de las ciencias físicas nos ha hecho considerarle como una preciosa adquisición para Sociedad Médica de esta ciudad que acaba de ser planteada. El informe que el señor Rafael Revenga hizo a uno de nosotros de su bondad característica y que no desdenaría el título de Socio Corresponsal, nos decidió a presentarlo; y la satisfacción universal de esta corporación al admitirlo no dudamos sea a usted grata. Ella está todavía en la cuna y para medrar necesita del lustre, influencia y benéfica cooperación por lo menos de los literatos de Colombia.

"Sírvese usted pues aceptar este nombramiento, cuyo diploma le será expedido y enviaremos a su tiempo. Ahora le remitimos el reglamento de la Sociedad y el de la Facultad Médica por ser las dos instituciones correlativas.

"Tenemos el honor de ofrecernos a usted con sentimientos de la mayor consideración, sus más afectos servidores,

*José Vargas. José Joaquín González."*

Obligaciones de su estado eclesiástico le llevan a los curatos de Sátiva, Itoco, Charalá. Este último nombramiento determina en 1830 el retiro de su cátedra universitaria, cuando en 1833 le sorprende nuevo nombramiento de profesor de Botánica en competencia con Matís, su amigo, compañero y casi hermano en el amor a Flora. La Dirección General de Estudios opta por la candidatura del primero, pero quiere asegurarse de que Céspedes podrá ejercerla. La Curia eclesiástica coadyuva el interés oficial por rescatar a su viejo y autorizado profesor, en quien encuentra títulos suficientes para elevarse a la dignidad catedralicia de miembro del Capítulo Metropolitano, que lo retendrá por el resto de sus días en la capital y en el ejercicio magistral de la Universidad. El 30 de abril de 1833 es expedido el título. Le llega precedido de singular honor su nombramiento como miembro fundador de la Academia de la Nueva Granada, que le otorga el Presidente Santander el 6 de enero, quien fía el futuro del renovado progreso cultural en este instituto, integrado por veintiún académicos, entre los cuales José Manuel Restrepo, Castillo y Rada, el obispo Estévez, Estanislao Vergara, Francisco Soto, Benedicto Domínguez, Joaquín García, Rufino Cuervo, José María Triana, Vicente Azuero, Diego Fernando Gómez y Joaquín Acosta.

De aquella época data seguramente la siguiente lección inédita, peregrina y muy didáctica introducción al mundo maravilloso de la biología-botánica, cuyo funcionamiento asimila a la organización de la sociedad de su tiempo. Esta pieza digna de conocerse se ha salvado inédita gracias a la curiosidad y al saber de don Fidel Pombo, quien el siglo pasado la cedió a don Cecilio Cárdenas Mosquera, otro noble estudioso de los anales científicos del país, de cuyo archivo forma parte.

#### CUADRO DE LA VEGETACION

"EL IMPERIO DE FLORA se compone de los rangos diferentes que prueban las provincias numerosas de la naturaleza: allá se elevan los príncipes y jefes de la nación, esos árboles majestuosos, esas palmeras de las Indias ceñidas de las brillantes diademas de flores y frutos sombreados de penachos de hojas, presentan un alimento delicioso al hombre y a las más nobles criaturas de la tierra. Esos orgullosos vegetales que levantan sus verdes cabezas a las nubes, sostienen el esfuerzo de las tempestades, preparan abrigo a los cuadrúpedos, asilo a los amores de las aves cantoras que nos arribaban con sus trinos, semillas de provisión, sombras frescas y una humedad saludable a los humildes protegidos que crecen a sus pies. Estos grandes ejercen aún su generosa protección alimentando con lujo a parásitos que se unen a ellos: a su rededor se colocan los guerreros, esos arbustos espinosos, áridos y sañudos, que parecen erizarse contra los ataques de los animales y defender sus frutos de las injurias de sus dientes, por mil agujones acerados. Más lejos ostentan su hermosura las esbeltas liliáceas, las brillantes orquideas, las bro-

melias, los lirios, los grupos encantadores de ninfas y de las princesas de este vasto imperio de la primavera.

“Las corolas esmaltadas de los más ricos matices recuerdan esas pomposas fiestas de las cortes de los reyes, en que se despliegan la magnificencia de las artes y el lujo de los más soberbios atavios. Mas allí se desarrollan esas plantas florecientes, esa nobleza, o alta sociedad, cuya variedad adorna el estado, cuyos empleos diversos, suaves perfumes, sabores exquisitos de néctar y ambrosía, se parecen a los talentos nacidos de la industriosa actividad de las naciones.

“Las gramíneas pueden compararse a la plebe rústica, laboriosos labradores que fecundan el terreno, se multiplican prodigiosamente, subsisten de poco, constituyen la fuerza y la energía de los estados a quienes alimentan, aunque por lo común se ven hollados y oprimidos: tributarios diariamente de los animales herbívoros, ellos recogen para el hombre rey de la naturaleza, de los fiemos más viles y aun del fango, esos preciosos alimentos, esos dones de Ceres de que vivimos.

“Otros colonos, los helechos, los esfagnos se establecen en tierras nuevas como para romperlas y preparar el terreno a una rica cultura: éstos son vegetales débiles, ocultos en la sombra y que llevan su posteridad sobre la espalda; ellos están siempre acompañados o precedidos de un gran número de sirvientes laboriosos, los mohos, imbricados, cubiertos de una cofia, viven de poco y habitan lugares tan recónditos, que con dificultad los descubre el diligente observador; elaboran también la tierra vegetal y protegen las tiernas plantas de los estragos del invierno.

“Hay también líquenes, populacho desnudo expuesto a todas las injurias del cielo, seres oscuros y desapasibles: como pobres buscan su alimento aun sobre los restos de las otras criaturas. Los hongos, en fin, especies de nómadas nocturnas que repelen la sociedad viviendo de la destrucción y de la muerte; producción fétida y desagradable, que devora los cadáveres mismos; pero ellos ayudan también a purificar la tierra de los despojos de los vegetales, a fin de que el teatro de la vida brille con una belleza perfecta y siempre nueva. Este teatro majestuoso se nos presenta con todo su ornato en la fecundación.

“Para la reproducción de los seres, es principalmente que la naturaleza reúne todos los esfuerzos de su poder, todas las maravillas de su industria y toda la pompa de su magnificencia en el día de las nupcias y de los goces. Jamás la planta despliega más energía vital como en esta coyuntura; lo mismo que los animales a quienes abraza el amor con sus ardores. Vense mover los órganos machos con una irritación desconocida, entrar en orgasmo y turgescencia, exhalando un vivo calor: ejemplo el berberis, cuyos estambres, cáliz y corola son excitados con furor a la aproximación del pistilo: vemos en el *Arum Cordifolium* y en el *Italicum*, que su aura fecundante se agita y enardece hasta tal grado, que

hace subir notablemente el mercurio del termómetro.”

Quien así ama la naturaleza y siente el orgasmo de la creación acumula abundante material científico que para 1844 tiene reducido a tres volúmenes con el humilde título de “Tratado Elemental, de Botánica”, que contiene según la convocatoria del autor, “la organografía, la fisiología, la litografía de muchos vegetales interesantes y de varios descubiertos en la Nueva Granada; la taxonomía, la exposición de las 184 familias naturales, admitidas por Mr. Aquiles Richard en sus *Nuevos Elementos de Botánica*, edición 6a. de 1838; aplicación de las plantas a la medicina, veterinaria, agricultura, economía doméstica y artes industriales, con una copiosa sinonimia vulgar de los vegetales útiles a la mayor parte de los pueblos del mundo; la geografía de las plantas, con un bosquejo de las fósiles, un compendio de la historia de la Botánica y finalmente de la glosología o sea diccionario de esta ciencia, por JUAN MARIA CESPEDES, exprofesor de Botánica de la Universidad Central de Bogotá y miembro corresponsal de varias sociedades sabias.

\* \* \*

“CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION. Esta obra se compondrá de tres volúmenes en octavo mayor de 400 a 500 páginas cada uno, carácter de letra el mismo del presente prospecto, en media pasta. El precio de cada volumen es de tres pesos para los señores suscriptores y de cuatro para los no suscriptores: se suscribe en todas las administraciones principales de correos de la Nueva Granada y se dará principio a la publicación de la obra cuando la suscripción cubra los gastos necesarios; y al efecto se invita a todos los amigos de las luces del antiguo y nuevo continente a la cooperación de esta empresa.

*Juan María Céspedes.*”

Por su parte el arzobispo Mosquera, de cuyo arzobispado es Secretario desde el mes de abril de 1839 a julio de 1842, escribe a su hermano Manuel María el 24 de enero de 1840:

“He enviado al doctor Céspedes de visitador a San Martín, para que confirme a esa gente y traiga noticias de las yerbas de sus bosques. No vendrá hasta abril”, conforme a la cita del eminente historiador monseñor José Restrepo Posada.

“Bogotá, 5 de enero de 1844.

Explorador empedernido el Gobierno de 1837 pone sus ojos en el apacible profesor para inducirlo a nueva aventura. Se trata de explorar el Magdalena Medio, entre el Opón y el Lebrija y realizar una nueva cruzada de conquista sobre los nativos opones que han permanecido en sus reductos montañosos dejando correr su vida primitiva pero impidiendo con ello el progreso de tan feraz región. Allá va el recio y bondadoso misionero que en vano expone su vida ante lo imposible, es que las

aguas de agosto y septiembre desbordadas le cierran todos los caminos y ponen en peligro su vida que, por fin, logra salvar.

Mas los años se sucederían hasta cuando la muerte sorprende al viejo canónigo penitenciario, sin haber podido cobrar el solemne préstamo oficial. Piensa entonces en que en la Presidencia está un inquieto hombre de estudio, geógrafo e historiador, amigo suyo de muchos años, el General Tomás Cipriano de Mosquera y al otorgar poder para extender su testamento en acto de esperanza dicta, el 11 de marzo de 1848, a su fidelísima María Francisca y a don Agustín Rodríguez, sus testamentarios, la siguiente cláusula: "... Item: Declara: que les manifestó ser su voluntad que se entregasen sus manuscritos sobre botánica al excelentísimo señor General Tomás Cipriano de Mosquera, actual Presidente de la República para que por los medios que estime más convenientes y según ofreció al finado, los ordene y prepare para que puedan publicarse sus trabajos; contando con los auxilios pecuniarios que le había decretado el Congreso por vía de empréstito, para lo cual sus albaceas solicitarán del Poder Ejecutivo que se pidiera al Congreso que se mandaran hacer los gastos de la impresión con dicho empréstito, de cuya cantidad se indemnizará el tesoro con la misma venta de sus obras; pero que si hubiere utilidades, fuesen éstas para su hermana y heredera la señora María Francisca Céspedes." ...

Las veleidades de mi General no le permiten salvar para las ciencias naturales colombianas tan valiosa herencia. No olvida, es cierto, el payanés ilustre el nombre de su amigo y en sus tratados de geografía, como la "Memoria sobre la Geografía Física y Política de la Nueva Granada", dedicada a la Sociedad Geográfica de Nueva York, al ocuparse en la página 30 de la *Vegetación*, escribe:

"Al describir las diferentes provincias, daremos una corta idea de la vegetación granadina, sintiendo no tener hoy algunos apuntamientos de botánica que me legó a su muerte el distinguido botánico, doctor Juan María Céspedes, para que los coordinara y publicara; pero, si tengo tiempo, haré este trabajo, que servirá de base a los que deben emprender algunos jóvenes granadinos que se ocupan en esta importante ciencia." ... En su *Compendio de Geografía general, política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia*, publicado en Londres en 1866, son de Céspedes, si bien no lo dice, los "Catálogos de plantas, raíces, granos y frutos alimenticios más comunes, 'así como los de plantas para diversos usos en artes y en medicina, maderas de construcción y ebanistería."

Las consecuencias del peregrinar del canónigo en busca de la quebrada de la Corcovada en la provincia de Vélez en pos del 'dorado' y de recolectar nuevas plantas, minan lentamente su fortaleza de condición hercúlea. Van pasando los años entre el coro catedralicio, la secretaría del despacho arzobispal y el diálogo con sus buenos amigos, que lo son cuantos lo conocen. En busca de descanso

marcha al pueblo de Guasca, donde lo hospedan los Ospina Rodríguez, pero es para dar testimonio de su decadencia final. Dos días después de su llegada, el 21 de enero de 1848, termina la carrera magistral, de quien podemos decir lo que Caldas escribió de Mutis: "¡Fue un verdadero sacerdote de Dios y de la naturaleza!" "Qui vitam, virtutum, scientiae-que laboribus exercitatem meliore vita commitant", como brevemente inscribieron en su tumba del panteón de la Catedral de Bogotá.

El prudente historiador de Colombia, don José Manuel Restrepo, escribe en su "Diario Político y Militar":

"1848. Enero. El 21 del corriente ha fallecido el canónigo penitenciario de la Catedral de Bogotá, doctor don Juan María Céspedes, a los 72 años de edad. Era un eclesiástico de gran virtud que había hecho servicios distinguidos a la Iglesia como su ministro y al Estado como patriota de la independencia. Fue botánico por afición y el único de los granadinos. Hacía tiempo que trabajaba en esa ciencia, en la que había hecho algunos descubrimientos, pero nada tenía escrito ni arreglado definitivamente sus apuntamientos, sin embargo de que el Congreso había dispuesto que le dieran 2.000 pesos para publicarlos en Europa. La desgracia de un golpe que sufriera en el costado en un viaje botánico, le redujo a la cama por largo tiempo y nada le dejó hacer hasta conducirlo al sepulcro. Legó sus manuscritos al Presidente Mosquera, quien piensa mandarlos ordenar a fin de publicarlos."

Corresponde al eminente escritor Florentino Vezga, haber sacado del olvido en la segunda mitad del siglo pasado, los justos méritos del notable sacerdote. En las eruditas páginas con que concluye su luminoso estudio sobre la "Expedición Botánica", en el aparte final: "La Botánica desde 1816 hasta 1859", consagra breve pero excelente página a la piadosa memoria del olvidado botánico del siglo XIX, cuya vida he propuesto en esta Memoria. Felizmente en su fecundo Valle del Cauca, en su hermosa capital una célebre institución, el Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas, INCIVA, tiene como órgano de divulgación la respetable revista "Cespedesia", encargada de rememorar al preclaro hijo de la floreciente ciudad de Tuluá<sup>1</sup>.

1. El distinguido Profesor botánico doctor Santiago Díaz Piedrahita, oída mi conferencia se sirvió ilustrarla con las siguientes noticias de suma importancia:

"El nombre *Santanderia* es un sinónimo del género *Talauma* Jussieu Gen. 281. 1789. El género *Santanderia* Céspedes fue publicado hacia 1840 en Bogotá al parecer en una hoja suelta. Con base en la descripción de Céspedes, Triana en 1862 en el segundo volumen del *Prodromus Florae Novo Granatensis* (2:24) validó la especie en el género *Talauma* dedicando este taxon a Céspedes como un homenaje por haber descubierto en los bosques que circundan la población de La Palma en Cundinamarca, la que hoy lleva el nombre de *Talauma cespedesii* Triana. En 1980 fue redescubierta la especie que hasta esa fecha sólo se conocía por la descripción en los alrededores de Yacopi.

"Sobre *Bolivaria* no conozco datos concretos e ignoro a qué corresponde la familia *Mosqueriaceae*. Como último dato informo a usted que el género *Cespedesia*, de la familia de las ochneaceae fue propuesto por Goudot como epónimo en honor del botánico tuluano."

## BIBLIOGRAFIA

### MANUSCRITOS:

- Archivo del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Libro de Exámenes.
- Biblioteca Nacional. Libro de Propinas de la Universidad Tomística. Fondo Anselmo Pineda, cartas al Padre Céspedes.
- Archivo Nacional: Sala de la Colonia, Instrucción Pública, volúmenes 4 y 124. Nombramientos eclesiásticos; Curas y Obispos y Notaría 1a., protocolo de 1847 del escribano Joaquín Zapata y Porras, folio 138.
- Academia Colombiana de Historia: Manuscritos, Archivo del doctor Joaquín Mosquera, J. M. Céspedes "Cuadro de la Naturaleza", inédito.
- Céspedes, J. M.: "Discurso inaugural de la cátedra de Botánica". Manuscrito de propiedad de Guillermo Hernández de Alba.
- Biblioteca Luis-Angel Arango: Manuscrito de Céspedes, copia de "Anales de Historia Nacional, mes de octubre de 1806. Extracto de la carta del Barón de Humboldt al señor Barón de Forell, Ministro Plenipotenciario de Sajonia en la Corte de Madrid, fecha en Caracas a tres de febrero de 1800".

### IMPRESOS

- Gazeta de Colombia, 1822, 1827 y 1829.
- Gaceta de la Nueva Granada, 1844, números 661 y 689.
- Aguilera, Miguel: El canónigo y botánico Céspedes. Boletín de Historia y Antigüedades, volumen XXXIV, pág. 348 y siguientes.
- Groot, José Manuel: Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada, Tomo III, págs. 414 y 445, Segunda edición, Bogotá, Casa Editorial de M. Rivas, 1891.
- Hernández de Alba, Guillermo: Documentos para la Historia de la Educación en Colombia, volúmenes IV y V, 1768-1800, Editorial Kelly, Bogotá, 1982, 1983.
- Mosquera, T.C.: Compendio de Geografía General, Política, Física y Especial de los Estados Unidos de Colombia, Londres, 1866, Cuadros II y G, páginas 320 a 327.
- Ortiz, José Joaquín: Noticia biográfica del doctor Juan María Céspedes. Gaceta Oficial, Bogotá, 1848. Esta noticia constituye la más completa biografía del naturalista. Fue escrita con ocasión de su muerte.
- Restrepo Posada, José: Historia de la Arquidiócesis de Bogotá, Tomo IV, Cabildo Eclesiástico, páginas 217 a 219.